

TEXTO COLECTIVO: JULIO/AGOSTO 2010

Autores: Gustavo Trillo, Patri Lerner, Elizabeth Tejeda, Polo Juarez, Karina Rey, Alejandro Amaro, Noli Caruso, Gregorio Avramides, Silvia Sajaroff Manettii y Ana Anello.

Pero aquella mañana, nadie escribió: los chicos en las aulas se negaron a tomar los lápices, las maestras explicaban sin manchar el pizarrón de tiza. Se dirá que la tecnología había vuelto obsoleta a la escritura si no fuera porque el síndrome abarcaba también a la primera: esa mañana nadie tecleó una PC o una humilde máquina de escribir. Así que para la tarde noche ningún periódico salió de las rotativas.

Como una terrible pesadilla, cientos de personas caían en una especie de letargo por el sólo hecho de intentar garabatear alguna letra del alfabeto.

El síndrome desconocido se había transformado en pandemia. Cuerpos con astenia y miradas perdidas yacían en los pasillos de los hospitales. Estaban vivos, pero no reaccionaban a los estímulos.

Los médicos no se atrevían a escribir recetas. Muchos colegas habían sido alcanzados por esta temible enfermedad.

Y así, casi sin darse cuenta, el tiempo transcurría silencioso y lento, tanto que parecían oírse los pestañeos de todo el alrededor; pero todos sabían que el fin de este drama desatado no estaba cerca, ni siquiera podía vislumbrarse la solución para tan terrible desventura, y lo peor era que cada vez, más y más personas se veían afectadas por esta sobrenatural pandemia, que parecía no tener cura alguna.

Y en el instante previo a que lo humano se disuelva en polvo de estrellas, en una playa lejana como el deseo, un pájaro a punto de emigrar dejó sus huellas sobre la arena húmeda. Quiso la suerte que un ser dotado de fantasía imaginara en esas pisadas un mensaje, y que sintiera que ese mensaje estaba destinado a ella: "Un paso y el siguiente señalan un camino, un sendero, una voluntad de contrariar al instinto. Yo estuve aquí." Tres puntas y una raya, dos rayas y un punto; algo significan. Pero a dos puntas y una raya siguen tres rayas y un espacio. ¿Qué me quiso decir? ¿Me lo dijo a mí o a todos los seres capaces de percibir rayas y puntos, y ausencias de ambos? En todo caso, ¿significa algo, nada, todo?".

Alguien de la especie, por causas indescifrables y contrarias al mandato genético, se apartó de los imperativos de la supervivencia y se abandonó a la curiosidad. "¿Hay, aquí, algo más importante que alimentarse, producir, acumular?"

- Qué lindo esto... ¿es tuyo?

Laura giró la vista en dirección a la voz que había formulado la pregunta. Un hombre mayor, con las botamangas del pantalón arremangadas, la corbata floja y los zapatos y el saco en sus manos, observaba el jeroglífico sobre la arena.

- No, pero si querés, te lo regalo -contestó.

- Lástima que no traje mi cámara digital. Vengo del que era mi trabajo durante los últimos doce años; ya no les sirvo, y no me atrevo a regresar a mi casa...

- Te lo podés llevar en el alma. Sentate un momento, y ayudame a descifrarlo.

El hombre iba a protestar; su vida acababa de estallar en mil pedazos y esta muchacha le proponía un juego adolescente. Pero recordó que él había iniciado el juego, atraído por el contorno de esa mujer sentada contra el mar. Se acomodó a su lado y, apelando a su cultura enciclopédica, dijo:

- Es el sistema de escritura de números que utilizaban los mayas. Puntos y rayas. De allí vengo, del fin de mi trabajo como investigador en Historia Antigua. La pandemia no me dejó asténico, aunque sí sin trabajo. La escritura no occidental no fue alcanzada por la pandemia, ¿lo sabías? Quizás estos números nos puedan brindar alguna clave.

Laura lo miró con una mueca de asombro.

- No estoy segura de que se trate de algo conocido -pensó un rato. Suspiró un par de veces- Sí, tenemos que encontrar un código con menos palabras y que implique una mayor comunicación. Símbolos que se entiendan con la mente y el corazón. -Parecía estar bajo un trance mientras pronunciaba estas palabras- Siempre imaginé el fin de este mundo en medio de guerras o cataclismos, pero jamás se me ocurrió un final con un previo certificado de defunción de la palabra escrita.

-Mi experiencia me dice que nada tiene significado por sí mismo. El significado que buscamos difícilmente se encuentre fuera de nosotros mismos. Los significados son cosas complejas. Mira niña – advirtió él, que comenzaba a migrar de la pesadumbre al placer de sentirse acompañado- el mundo, en todos sus detalles, es puro devenir que se nos ofrece. En sí mismo no es más de lo que es y no está puesto allí ni para mí, ni para ti... tan sólo está siendo aquí y ahora. Sin embargo, se nos da y somos nosotros los que dejamos que nos invada con su río de presencias para rebrotar desde nosotros mismos, ahora, con un sentido y un significado. Es en nuestros fueros más íntimos donde se tiñe de ti y de mí. Por eso el mundo es infinito y acrisolado. Puesto que siendo nosotros su tamiz, al traspasarnos, converge en un punto mezclando todas nuestras interpretaciones.

- ¿Me dices que no crees que haya significado alguno en estas marcas sobre la arena? –interrogó la joven.

- ¡Nada de eso! –apresuró él, quién anheló un sol como éste durante largos años de rutina y hastío- Sólo quiero que tu pregunta anterior quizá fue la mejor respuesta: estas marcas pueden decir nada, algo y también pueden decirlo todo...

- Tengo sólo preguntas... Nada, algo, todo... Sólo interpretación individual... ¿No será parte del paradigma que venimos sosteniendo? ¿Si no podemos simplificar y acordar significados, es posible la comunicación?

La conversación se volvió tan profunda y espesa como la masa de nubes que se acercaba desde el horizonte.

Lo que comenzó como una brisa pronto se transformó en golpes de aire irrespirables y en la promesa de un diluvio, obligando a cambiar, de la manera que fuera posible, el rumbo de la charla.

- A propósito ¿Cuál es tu nombre? -Si el mundo se terminaba allí, Germán no quería retirarse de este paseo por la tierra sin conocer "esa palabra".

- Laura. -Lo miró a los ojos sorprendida de haber descubierto que la voz con la que estaba hablando también pudiera tener un nombre, un contorno, una presencia, aunque pronto tomó contacto con otra de sus realidades:

- ¡Creo que tenemos que salir de aquí! -gritó.

La tormenta parecía golpear la superficie del mar que ahora estallaba contra la roca de los acantilados próximos, las olas semejaban la boca de un animal voraz que se tragaba la paz de la playa abandonada. Los dos, entumecidos, alcanzaron el reparo del poblado de pescadores donde ella vivía desde siempre.

En pocos minutos el aguacero incesante había inundado las calles y los tejados ruinosos tornáronse en cascadas.

Laura y Germán se dirigieron hacia el caserío indigente sospechando en el vendaval el imperativo de actuar.

- ¿Ya oíste Germán? -inquirió la joven- ¿Debemos traducir el mensaje? –creo que fue una respuesta.

Germán advirtió que su percepción sobre las marcas dejaba de ser relativista y ecléctica. Ahora su conciencia las admitió como un código, un cierto epigrama descifrable, del que, además, podría resucitar el alma humana agonizante en ellos dos. Comprendió azuzado por el ventarrón elocuente que la tormenta no era indiferente a la precaria situación de los hombres. Halló, en el monumental aguacero relampagueante, la exigencia sin alternativa de ocuparse de aquello para lo que estaba allí, y en Laura, el consuelo de no estar solo y la seguridad para jugarse la última carta. Siguió a Laura que caminaba con prisa por una calle sin asfalto esquivando con destreza algunos sectores de espeso barro. Jadeantes llegaron a una casita muy humilde con techo de chapa y un pequeño jardín muy cuidado en la entrada.

La muchacha abrió con ímpetu la puerta de calle y, como si supiera de memoria la ubicación de su abuela Ana, se arrojó sobre ella abrazándola y besándola. El hombre saludó desde el umbral. Ambas lo invitaron a pasar y él no se hizo rogar. No terminó de cerrar la puerta y darse vuelta para observar con detenimiento el lugar, cuando Laura arrojó, en un torbellino de ansiedad, la pregunta clave.

- ¡Abuela! ¿Qué se te ocurre si te digo "Tres puntas y una raya, dos rayas y un punto", "dos puntas y una raya, tres rayas y un espacio"?

La anciana no parecía asombrada ¿Estaría acostumbrada a las preguntas poco convencionales de su nieta o sabría la respuesta?

- A ver, a ver. Dejame pensar... ¿Música? ¿Es un compás?

- No, no sé... no me lo imagino, dijo Laura.

- Son números, son números mayas... exactamente el 8, el 11, el 7 y el 15 en ese orden –dijo Germán.

La abuela se quedó pensativa...

- Tal vez esto tenga que ver con el libro, el libro antiguo que nunca nadie se ocupó en entender.

- ¿Cuál libro abuela? -Laura fruncía el ceño con el mismo gesto de la abuela.

- Hace mucho tiempo, el muchacho Chávez de acá nomás, a dos casas, lo trajo de Guatemala. Él mismo era de allá, creo que de un pueblo que se llamaba San Andrés de Itzapa o algo así y, aparentemente por lo que él decía, tenía ascendencia maya. Trajo un libro de profecías o "del destino" lo llamaba él y en nuestras charlas a la tarde yo le enseñaba a tomar mate y él me contaba historias de ritos y sacerdotes, y muchas otras cosas que, para ser sincera, pensaba que eran cuentos... pero ahora me doy cuenta que vi esos símbolos en un libro que me había mostrado... no sé si estaban en ese orden o en otro pero imagínate, eso pasó hace como veinte años. Me acuerdo porque tu abuelo había fallecido hacía poquito...

Germán notó que la vieja decía fallecido y no muerto y se preguntó cuántas formas tenemos de darle sentido a los significados.

- Pero, dígame un poco más –solicitó la anciana mientras molía el cacao fresco-. ¿Cómo aparecieron esas marcas en la arena?

- Las trazó un ave, abuela –respondió Laura, esperanzada y mirando a Germán- juntos comenzábamos a buscar su significado cuando nos sorprendió la tormenta.

- ¡Qué bueno! –exclamó la abuela entre sonrisas y gestos de satisfacción. Es un bello augurio – afirmó.

-¿De qué se trata señora? –Germán intrigado. ¿Cómo puede ser un bien para nosotros, cuando nos angustia tanta oscuridad? ¿Usted también cree que se trate de un mensaje?

- ¡Estoy muy segura de ello! –afirmó la abuela con la mirada cómplice de la nieta. ¿Usted no?

- Creía que no, especialmente. –respondía el hombre sorprendido de la naturalidad con que la abuela asumía los acontecimientos que Laura relataba-. Sin embargo su convicción y la de ella, la tormenta y aquellos trazos, la sensación de nada y la esperanza de un nuevo sentido, que me trajeron hasta aquí, me parecen imposibles de ignorar y me siento bien sólo cuando lo admito...¡Sí; son palabras que se deben decir pero no me doy cuenta cómo traducirlas!

- No lo dude –asintió la abuela. Vaya a la mesa que ya encendí las leñas, su ropa necesita secarse y su alma... un poco de este tazón –entregándole el chocolate caliente.

- Vea Germán y, por encima de todo oiga lo que tengo para decirles... a los dos. Esta aldea hace tiempo fue el refugio de personas que huían de las pesadas cadenas con las que las ciudades, insensibilizan sus corazones hasta el punto de hacerse piedras, frías y desoladas. Es un estado al que el hombre llega no sin dolor. Al principio, cuando niños, los hombres lloran siendo despojados del don de imaginar. Sus sueños les van pareciendo inútiles estorbos que les hacen perder el tiempo y les impide alcanzar el supuesto estado de respetables señores. Incluso ansían abandonar, tan pronto como puedan, la vana niñez y transformarse en sabios adultos. Todos ellos, más temprano que tarde, caen en el engaño para el que las urbes han progresado meditadamente durante siglos. Los padres gesticulan satisfechos cuando los hijos han matado los últimos rasgos de felicidad infantil al Dios de la Rutina y del Dinero. Los ven con orgullo cuando terminan abandonando la humanidad quemando las naves de sus últimos juegos y emprenden el camino sin regreso. Sin embargo, Germán –explicaba la anciana- la vida, siempre prodiga, eludió las consecuencias del engaño.

- Creo que empiezo a comprender... –sentía Germán y lo compartía con Laura entre miradas- ¿Pero cómo, si tras la muerte del niño no hay regreso? –agregó.

-Por el contrario –aseguró la mujer. El engaño tiene múltiples máscaras para que resignemos la Fe. Por más que lleva una lucha sin descanso, jamás logró arrancarla del corazón humano, ni aún cuando inventó, con ese fin, la racionalidad perversa y la colgó como estandarte en los rascacielos de la ciudad, esa formidable máquina destructora. Esa inclinación a creer en lo imposible revela la presencia del chiquillo que la alimenta; porque no ha muerto sino que se ha refugiado, como ustedes de la tormenta, en un lugar de no lugar y en un tiempo de no tiempo, esperando renacer.

Laura había renacido incontables veces durante las noches junto a la cocina, mirando arder los leños crepitantes y por las tardes, cuando con la anciana tejían mimbre para vender en la feria. Pero, descubría que la abuela había estado preparando su entendimiento y su corazón para este momento.

Historia tras historia, la anciana llevaba a la niña hasta los mundos en los cuales la distancia entre ilusión y realidad no existe. Mundos a la distancia de un pensamiento, de una palabra, de una mirada centellante dirigida al horizonte donde el mar se hace cielo.

-Abuela ¿Papá y mamá vinieron hasta aquí desde la ciudad?

-Sí. Se instalaron aquí porque estaban de paso y nunca quisieron volver. Les agradaba saber que este era su refugio. Tus padres conocieron a los indios que vienen en la primavera para cambiar sus artesanías por los frutos de mar que aquí elaboramos. Entre tus papás y los Muisca de la llanura, había toda serie de intercambios. Los Muisca consideran que sus historias son objeto de intercambio cuando las personas a quien lo destinan poseen corazones amables. Entienden que las historias de su pueblo deben darse a quienes pueden oír las porque con ellas, sus dioses dieron la vida a los hombres.

-¿Entre estas historias hay una clave para entender y traducir el mensaje del ave, abuela? – preguntó Germán.

- Pues hay una, que los Muisca repetían en cada encuentro. Cuando se hacía de noche y aún rayaba en el horizonte las últimas luces del día, tocaban unas dulzainas de barro; entonces cantaba el más anciano, padre del clan...

- ¿Qué decía abuela? –Laura, expectante.

- Que en el principio, cuando no había tiempo, Chiminigagua tenía en su interior encerrada la luz. Que, cuando fue el tiempo, esparció por el mundo millares de aves negras, quienes echaban por el pico un aire resplandeciente iluminándolo todo al son de una melodía...

- Puff...no sé si estaré golpeado por el trabajo que acabo de perder -dijo Germán- pero se parecen a signos de un antiguo lenguaje para computadoras. Aunque por el ordenamiento y mirándolos mejor, me hacen recordar a una inscripción que vi en un templo maya construido frente al mar en la península de Yucatán, donde ellos se disponían a esperar la salida del sol, para realizar luego sus ceremonias...

El fuego, el chocolate y la charla habían generado un clima familiar y un refugio en el corazón que ninguno quería abandonar.

Unos golpes insistentes en la puerta interrumpieron la sabrosa armonía. La abuela abrió sin preguntar por el autor e intérprete del tamborileo.

- Adelante, Pedro -Un hombre mayor, con un enorme abdomen entró a la habitación agitado, mojado y con las mejillas rojas como frutillas.

- Ana, Aniiiiita! ¿No te imaginas lo que acabo de ver con mis propios ojos? ¡Tuve que ir cuando me lo contaron! ¡No lo podía creer!

- ¡Bueno, hombre! ¡Descansa y toma un chocolate! Luego me cuentas -Le dijo con dulzura la abuela.

Con su taza humeante en la mano, Pedro relató como un linyera que había vivido años sin decir una palabra en la entrada de la iglesia del pueblo había intervenido para modificar la rara enfermedad.

- El "Yuyo" después de veinte años cruzó la calle y entró en el hospital. Se inclinó frente a cada uno de los enfermos y los abrazó con fuerza. Un grupito de enfermeros y familiares se horrorizó. Algunos decían "¡Con ese olor y suciedad va a levantar a un muerto!" -Sorbó un poco de su chocolate y respiró- ¿Viste, Ana? Todos tenemos reparos y yo también.

- ¿Y qué pasó? -Preguntaron todos al unísono.

- ¡No se puede creer! No hablan, no se mueven, pero sonrían...

Laura tomó el saco de Germán y le propuso volver a la playa y dejarlo sobre la arena, a expensas de la corriente que podría arrastrarlo hasta las profundidades. El hombre repasó el contenido de los bolsillos: la Parker de oro de los 10 años en la empresa, sus tarjetas personales con el nombre de la compañía y su cargo en dorado, el Blackberry con los 575 contactos laborales, una mini computadora que había traído de la última convención en la tierra de los sueños del futuro comercial del planeta. Pensó rápidamente. Revisó con la mirada de la memoria el contenido del bolsillo secreto del lado derecho, ese donde guardaba los documentos y las tarjetas de crédito y resolvió de inmediato rescatar las cuatro fotos personales que guardaba ahí, en una billetera de cocodrilo que le habían obsequiado en el curso de marketing del país del norte. Las puso en sus manos y dejó el saco a merced de la corriente. Nada de lo que se llevaba el agua dentro del saco le resultaba, ahora, significativo para vivir.

Mientras miraba los rostros distendidos de sus seres queridos, se deslizó por sus manos un papel arrugado, chiquitito. Una servilleta del bar de la esquina de Corrientes y Pellegrini. Un dibujo. Sobre el papel amarillento. Vago, incomprensible, producto del movimiento azaroso de su mano, mientras hablaba con aquel tipo desconocido que se acercó a su mesa a pedirle una moneda. Un jeroglífico para la mirada poco sutil de un observador casual. Exactamente el mismo dibujo que Laura le había propuesto descifrar, sobre la arena de aquella playa, con los ojos del alma.

- ¡Laura! –Gritó Germán desconcertado aunque sospechó que en la servilleta había hallado la respuesta; pero, que todavía no acababa de relacionarla completamente.

La muchacha se encontraba a unos pasos y Germán se apuró resbalando en la arena, alcanzando el papel a las manos de ella.

- ¡Mira niña!

- Sí ¿Qué es?

- No lo sé muy bien aún. Son las mismas marcas –dijo- Están en este papel.

Laura las vio tal como estaban en la arena la primera vez. Ella, un poco confundida, le preguntó cuando las había anotado; dado que no la había visto hacerlo en algún momento.

- No lo he hecho yo –aseguró Germán-. Ha sido aquel mozo del bar dónde paré para despedirme de la ciudad antes de salir y terminar mi viaje en este pueblo.

- ¿Por eso te llamó a la atención cuando las viste aquí? ¿No es así?

- Sí. Ahora me queda claro. No podía dejar de pensar que ya las había visto antes.

- ¡Germán, esto es importante! ¿Qué te sucedió allí? –preguntó Laura, segura de que allí habría un respuesta.

-Es que no presté demasiada atención. No me pareció que aquel mozo me preguntara algunas cosas sin sentido. Recuerdo que salí enojado por todo lo que había pasado ayer y olvidé la conversación, pero ahora le encuentro cierto sentido.

- Espera Germán –Laura intentaba tranquilizarlo pues lo notaba exaltado por demás- Vamos. Caminemos hasta el hospital a ver lo que está pasando allí.

Los dos tomaron un paso más lento. Iban a presenciar los síntomas de aquellos quienes ahora sonreían como lo había relatado Pedro.

En el camino Germán y Laura deberían explicarse el sentido de código que ahora figuraba en el papel grabado por el mozo de aquel bar que él ya no recordaba exactamente. En la memoria nunca quedan las circunstancias vividas en su plenitud. Sin embargo; habría que pensar si eso alguna vez fue posible. Los hechos no pasan a formar parte de nuestros recuerdos en su ser absoluto, todo lo que pasó en aquel bar es una reminiscencia pálida en la memoria de Germán. Aún así lo que nos sucede, como a Germán en aquella conversación, es un hecho vivenciado y nos deja, aunque más no sea, un sentido. Eso es todo lo que necesitamos, a veces, para comprender lo que deviene más tarde.

- Recuerdo que la charla comenzó cuando aquel hombre del bar me trajo el café. Me hizo un comentario sobre la epidemia a la que se refería el noticiero de la televisión –Laura nunca había visto una-. Yo no quise hablar con él, ya sabes, estaba muy molesto por el despido. Pero él insistió en preguntarme si ya me había enterado. Tan solo quería el café y salir. Con su conversación no podía concentrarme para decidir qué hacer en ese momento. Quise, entonces, darle una respuesta sencilla por cumplir y hacer que se fuera. Él me explicó de qué se trataba esta rara enfermedad de la astenia y yo comencé a prestar más atención. Es una enfermedad orgánica, le dije, o tal vez psicológica... no sé. "Pero caballero, me dijo, no olvide que no es más importante decir de qué estamos enfermos sino decir qué nos enferma". Yo estuve de acuerdo.

Laura oía atentamente y se dio cuenta que aquella podía ser una pregunta que mejoraría las cosas. En su simpleza ella halló lo simple de la situación o tal vez haya sido el desconocido mozo del bar, a quién extrañó por un instante.

- Debimos comenzar por allí –sintió y dijo la muchacha, pero le pidió a Germán que siguiese contando lo que charló con el empleado del bar.

Germán continuó tratando de recordar: "La enfermedad se regó por todos lados desde hace unas semanas, me dijo, hoy ya es imposible de ocultar. Finalmente es hora de despedirnos de la humanidad". Pero la gente todavía está allí, no se ha muerto dije yo. "No dejes de ver a la gente como antes lo hacías Germán", dijo él y me sorprendió que supiese mi nombre.

- ¿Qué diferencia encontró en tu mirada, Germán? –preguntó Laura.

- Es cierto Laura... yo dejé de ver a las personas como tales. En algún momento me gustó que todo fuese más sencillo y fue entonces cuando me parecieron números de clientes, potenciales compradores, sacos vacíos que estaban allí para que yo les indicase qué desear, qué comer, qué ropa vestir... seres de mi propiedad aunque ellos no lo supieran... y lo mejor fue, tal vez llegar a tener el poder de hacerles creer que eran ellos los que me importaban. –Laura no cambió su mirada. No lo acusaba. Laura no había aprendido a ser hipócrita.

- ¿Sabes que alguna vez fue diferente Germán? ¿Te acuerdas de quién realmente eres?

- Sí. Creo que el hombre aquel me lo recordaba en aquel momento. Alguna vez creí que escribir era mágico que eso me hacía vivir. Cuando comencé a trabajar en aquella empresa de marketing pensé que me habían contratado por eso. Sin embargo no fue así. Por el contrario, cuando presenté mi primer proyecto quería presentar al mercado un producto en varias opciones para que la gente pudiese elegir, incluso que el público mismo participara en el diseño. Mi jefe, recuerdo, se mostró satisfecho y me confirmó en el empleo. Cuando me iba de la reunión del departamento; quise preguntarle si no le había parecido demasiado ambicioso proponer una serie de infinitas posibilidades para el diseño de producto... Él se rió de mí... "¡No se preocupe Germán... el mercado elegirá lo que a nosotros nos

convenga, el secreto está en hacerles creer que lo eligen ellos!". Sabía escribir lo que le pasaba a la gente y podía entender lo que le sucedía a los demás. Un día simplemente tuve miedo y decidí olvidarlo.

Laura y Germán llegaban al viejo hospital en el que la gente ya no entraba. En la vereda se habían quedado sentados muchos pacientes a esperar ser atendidos. Unos militares custodiaban la entrada como si su presencia pudiese traducir cierto tipo de orden. ¿Cómo podría ser de otra manera? Salvo raras excepciones; los hombres hemos venimos aprendiendo, a través de nuestra historia, que es verdad aquello que siempre está respaldado por gruesas armas y que quién las pueda apuntar a discreción resulta ser quién tiene la razón. Sólo este razonamiento irracional, si se puede justificar de alguna manera, explica la presencia de soldados intimidando aldeanos moribundos. Recostados contra la pared de adobe blanqueada con cal; un centenar de gentes aguardaban como si aferrados a esa pared hallasen el consuelo de encontrarse en el lugar correcto.

La llegada de la muchacha y su acompañante atrajo la atención de la guardia. Al verlos; los guardias, no los detuvieron. Es posible pensar que la seguridad que inspiraban al aproximarse les valió de salvoconducto para atravesar las vallas prolijamente montadas con carteles de no avanzar.

Una vez dentro no fue difícil encontrar a Yuyo, ese revelado chamán que aguardara su turno en los avatares de la vida sentado en la vereda de enfrente para ocupar, finalmente, su lugar en estos hechos. En momentos como este; los olvidados de siempre, comienzan a ser protagonistas. En la adversidad, donde la política y su ciencia se acaban, deviniéndose todo en vacía retórica, ellos poseen una gran sabiduría que han comprado con el dolor y nuestro desprecio.

- Allí... mira entre toda esa gente –señaló Laura.

Ambos se aproximaron. Notaron cierta luz en el ambiente y como con acuerdo tácito se mezclaron en el grupo para observar. Yuyo, instantáneamente puso su vista en Laura y luego, inquisidor, se dirigió hacia Germán.

- Te estuve esperando largo tiempo – el chamán advertido de la presencia de aquel desempleado.

Germán atónito buscó palabras para cortar la ansiedad que le produjeron tales palabras. No las encontró. Estrechó la mano de quien jamás había visto pero a quien conocía desde siempre.

- No hemos descifrado el código... no sabemos qué hacer -agregó- pero creemos que no es lo que importa.

- También lo creo así –con firmeza repuso Yuyo y agregó- fíjate lo que sucede aquí. Cuando llegué les pedí que tomaran un poco de este té, y que mientras lo hicieran imaginaran que sus sueños más bellos se hacían realidad. Al momento vi que muchos comenzaban a sonreír, como si nada pudiese arrebatarnos la alegría.

- Sí Yuyo, lo sabemos, por eso vinimos hasta aquí, Pedro nos lo contó todo –dijo Laura.

- Pero Laurita, no es todo lo que sucede, mira lo que ha comenzado a ocurrir –exaltado y conmovido, Yuyo señalaba en todas direcciones.

- Están haciendo marcas en los papeles. ¿Escriben? –se adelantó Germán para ver mejor.

- Algunos lo hacen, otros dibujan... o eso me parece –dijo Laura luego de recorrer algunas camas.

Los pacientes, entre los cuales se encontraban dos médicos y una enfermera, tomaron las hojas de diagnóstico que se hallaban en los pies de las literas y en otros casos sencillamente marcaban ciertos jeroglíficos en el piso mismo o en la pared.

Yuyo, el devenido médico especialista, explicaba con algunas lágrimas a Laura y Germán que la imaginación había sido el antídoto.

- Pero -dijo Germán intrigado por los eventos que se sucedían a borbotones en cada persona- no parecen letras o algo reconocible, más bien son marcas caprichosas.

- No Germán -Laura intentaba entender-. Creo que se parece a lo que me explicaste cuando nos encontramos en la playa. ¿Recuerdas que el significado se encontraba en nosotros mismos? No importa tanto el significado sino el sentido que todo esto tiene. La imaginación con que construimos nuestros sueños, busca expresarse con lo que hacemos. Mira que los códigos con los que nos han enseñado a expresarnos, a decir lo que queremos o lo que pensamos, no siempre alcanzan para traducirlos. Aquí hay una prueba de ello. Cada quién lo hace a su modo. A su manera todos escriben ahora.

Germán comenzó a sospechar las enormes consecuencias de los sucesos que se abalanzaban, como la tormenta, sobre la humanidad haciendo epicentro en aquel pobre hospital de ninguna parte.

Mientras Yuyo abrazaba al enésimo "enfermo", Germán y Laura se acercaron para ver el fenómeno. Vieron como aparecía lentamente una mueca y luego la sonrisa en la joven que había recibido la muestra de afecto. Luego recibió el té y la alegría se hizo más que evidente.

Estaban asombrados frente a la reacción, pero el creador del método no estaba conforme.

- ¡Falta algo! -dijo con un marcado movimiento de lado a lado de su cabeza mientras se desprendía de la muchacha.

- Siempre pensé que debía tener algo que decir para hablar, pero debía haber alguien del otro lado que entendiera mi palabra. Callé durante mucho tiempo...

- ¿Un nuevo lenguaje común? - intervino Laura siguiendo sus propios pensamientos.

- Símbolos que nos permitieran sumar energía en los proyectos, que nos permita sentirnos amados y con la certeza de amar. Ummmmmmmm. No se me ocurre otra cosa que inventarlos y enseñarles conceptos simples a estas personas ¿Probamos? -Yuyo miró fijamente a Laura y Germán que estaban absolutamente sorprendidos- Al menos ya tenemos una base: los dibujos coincidentes.

Germán se quedó pensativo y mirando hacia el infinito. Sus propias vivencias comenzaban a cobrar ese sentido tantas veces buscado: la experiencia en el trato con las personas, sus investigaciones del lenguaje y la historia, el propio dolor y la desesperanza por el despido despertaron la chispa interior que lo mantenía vivo. ¿Por qué esta pandemia se manifestaba con la destrucción del lenguaje?

Pensó en voz alta: ¿las palabras dicen lo que dicen o se han tergiversado tanto sus significados que ellas mismas no quieren ya ser manipuladas? ¿Por qué las personas enfermas, estando vivas parecían realmente muertas? Le era claro que el espíritu que da Vida había huido de ellos, ya no era posible comunicarse, eran entes.

Estamos -dijo- frente a una sobrenatural pandemia que me recuerda algo que le escuché a alguien hace mucho tiempo: "cuando los hombres quisieron olvidarse del sentido de sus vidas y buscaron ser cada vez más, con el orgullo de llegar hasta el cielo por sus propios medios, construyeron la Torre de Babel y entonces también a ellos los azotó una sobrenatural enfermedad: se confundió su lenguaje, dejaron de entenderse unos con otros, a desconfiar de todos terminando en la dispersión total".

Laura y Yuyo lo escuchaban estupefactos en silencio pero también ellos fueron iluminándose.

- ¡¡¡Sí!! -dijo Laura- Está claro. Debemos hacer que la humanidad retome el camino de la universalidad, de la fraternidad, del Amor. Si abuelita Ana estuviera aquí volvería a repetirnos lo que ya nos dijo ¿recuerdas? recuperar la fe, la imaginación, la inocencia: ¡¡renacer!! dijo ella. ¿Podrá ser? Pero cómo?

Yuyo, en lo profundo de su simpleza y agotado como estaba sólo atinó a decir: Volver al lenguaje, a los símbolos del amor, pero un amor que parta desde lo profundo del corazón.

Laura ahogando sollozos atinó a preguntarse ¿ese será el mensaje que un ave "enviada" desde el más allá nos ha traído?

Poco a poco Laura, Germán, Yuyo y muchos otros que se agregaron a la labor, comenzaron a crear y enseñar un nuevo conjunto de símbolos para la comunicación.

Los avances fueron lentos, pero seguros. Las personas volvieron a comunicarse con la escritura. A algunos les costó más que a otros. No todos aceptaron el amor como lenguaje universal, pero la satisfacción y la de los que adhirieron aumentó... La tarea continúa y continuará...